

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

POR

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUEBLA.

Advertencia á los SS. suscritores de esta obra Y Á NUESTROS CORRESPONSALES.

Esta Historia general de Francia constará todo lo mas de 300 entregas á REAL cada una, y las que pasen de este número nos comprometemos á darlas gratis á todos los suscritores.

Solamente accediendo á las reiteradas instancias de varios corresponsales de esta empresa hemos decidido declarar que nuestra obra no valdria mas de 300 rs. el ejemplar, como teniamos manifestado en el prospecto de la misma; puesto que comprendiendo el descrédito que á toda empresa editorial irroga el faltar á los compromisos contraidos con el público, y el crédito que en caso contrario adquiere, nosotros que consideramos esos compromisos tan sagrados y obligatorios como el pacto legal otorgado ante el competente funcionario, habiamos al principio decidido no hacer la declaracion precedente, á pesar de temer los malos resultados que por de pronto nos causaria tal decision; porque preferiamos y preferiremos siempre captarnos la benevolencia y aceptacion del público cumpliendo bien los pactos que con él contraigamos, á emplear promesas y hueca palabrería, propias mas del charlatanismo que de personas que se estiman y comprenden el respeto que merece el público de quien nadie se burla por segunda vez. Por lo tanto repelimos hoy lo que en el prospecto anunciamos, y si aquí damos la seguridad absoluta de que nuestra obra no pasará de 300 entregas, es porque guardando por mas tiempo silencio, tal vez este se echaria en mala parte.

Al mismo tiempo contestaremos á los muchos suscritores de la presente historia de Francia que desean recibir cuatro entregas semanales, que sin perjuicio de que podrán ser servidos conforme su deseo los que solamente quieran dos cada semana, tan luego como las circunstancias nos lo permitan publicaremos semanalmente un cuaderno de cuatro entregas.

El administrador general, SIMON TORNER.

Entregas 44 y 45.

BARCELONA

EMPRESA EDITORIAL LA «ENCICLOPEDIA ILUSTRADA»

CALLE DEL CARMEN, NUMEROS 30 Y 32.

MADRID.

DON JUAN DÍEZ, CALLE DEL FOLENTO, NUM. 36, CUARTO 3.º

THE HISTORY OF THE CITY OF BOSTON

BY
JOHN B. HENNING

VOLUME I

The history of the city of Boston is a story of growth and change. From a small fishing village on a rocky peninsula, it has become one of the most important cities in the United States. The story begins in the early 17th century when a group of Puritan settlers arrived from England. They found a Native American village and decided to settle there. The city grew rapidly as more settlers arrived and the economy diversified beyond fishing. The city played a key role in the American Revolution and the Industrial Revolution. Today, Boston is a major center of education, research, and industry.



CORONACION DE CARLO-MAGNO. (AÑO 800.)

doso era poder penetrar por los Países-Bajos, habiendo perdido ya mucha parte de su crédito en Flandes con la muerte de Arteville, á quien el mismo populacho, de quien habia sido el ídolo, acababa de sacrificar por haber hecho la tentativa de trasferir la soberanía de aquellas provincias al príncipe de Gales (1). El rey pues limitó su ambición á hacerse dueño de Calais, y despues de haber consagrado algunos dias á la ocupación de enterrar los muertos, marchó con su ejército victorioso y se presentó en persona delante de aquella plaza.

»Era gobernador de Calais Juan de Vien-

acercaba. Luego que el gobernador conoció la intencion de los sitiadores, echó fuera todas las bocas inútiles que podian consumir sus vituallas, y el rey tuvo la generosidad de dejarles atravesar su campamento y aun de darles algun dinero para el viaje (1).

»Mientras que Eduardo estaba ocupado en aquel sitio que duró cerca de un año, ocurrieron otros muchos sucesos en diferentes puntos y todos en honra y pro de las armas inglesas.

»La retirada del duque de Normandía, que abandonó la Guiena, dejó al conde de Derby dueño de la campaña, y este general no des-



DUGUESCLIN Y TOMAS DE CANTORBERY.

ne, valeroso caballero Borgoñon; y habiendo provisionado la ciudad de cuanto necesitaba para defenderse, exhortó á los habitantes á que cumpliesen su obligacion de súbditos y de patriotas leales. Viendo pues Eduardo desde el principio que en vano intentaria tomar la plaza á viva fuerza, solo se propuso reducirla por hambre y así eligió un terreno seguro para su campo, tiró líneas de atrincheramiento al rededor de la ciudad, construyó barracas para los soldados, las cubrió de paja y retamas, y proveyó á su ejército de todas las comodidades posibles para libertarle de los rigores del invierno que se

cuidó la menor cosa para aprovecharse de su superioridad. Tomó por asalto á Mirebeau y á Lusignan, se hizo dueño de San Juan de Angely, se apoderó de Poitiers que le abrió sus puertas, y de este modo, habiendo subyugado toda aquella frontera, continuó sus correrías hasta las orillas del Loira llenando de terror y desolacion toda aquella parte de Francia (2).

»Al mismo tiempo el fuego de la guerra incendiaba la Bretaña, donde entró Carlos de Blois con un ejército considerable y sitió la fortaleza de Roche de Rien; pero la condesa de Monforte, reforzada con algu-

(1) Froissard, lib. 1. cap. 116.
TOMO I.

(1) Froissard, lib. 1. cap. 133.
(2) Id. cap. 136.

nas tropas inglesas, mandadas por Sir Tomás Dagworth, le atacó durante la noche en sus propios atrincheramientos, dispersó su ejército y le hizo prisionero (1). Su esposa, que era en cuyo nombre seguía él sus pretensiones á la Bretaña, se puso entonces al frente del partido y se hizo al mismo tiempo émula y rival de la condesa, así en el campo de Marte como en el consejo.»

Mientras que Eduardo tenia puesto sitio á Calais, Felipe reunia un ejército en Amiens; mas con tal lentitud y desacierto que mas le valiera no pensar en reunirlo. Hasta mediados de julio de 1347 no se halló dispuesto el nuevo ejército francés; pero entonces encontrando todos los pasos impracticables ú ocupados por el enemigo se alejó y dispersó despues de haber dejado ver desde lejos sus banderas á los infelices sitiados que ya empezaban á sentir los horrores del hambre.

Cuando los de Calais hubieron consumido todo cuanto en la plaza les pudiera servir de alimento, fué el gobernador Juan de Vienne á implorar gracia al vencedor, quien de pronto pidió que se rindieran todos á discrecion; mas luego se redujo á exigir que seis burgeses fuesen en camisa y con una soga al cuello á llevarle las llaves de la ciudad y del castillo poniéndose á su voluntad. De regreso á la ciudad el gobernador congregó á todos los habitantes y les manifestó las proposiciones del monarca inglés. El llanto de la desesperacion bañó todos los ojos; mas de repente el acomodado burgés Eustaquio de Saint Pierre se ofreció á ser uno de los seis burgeses que pedia Eduardo. Imitaron luego tan heróico ejemplo otros señores, no obstante las probabilidades que tenian de morir, y los seis salieron de Calais para ponerse á la merced del sitiador.

Imploraron gracia los burgeses de Calais con tan sentidas palabras, que no habia junto á Eduardo hombre que no llorase ó no sintiese cuando menos una vivísima emocion. Pero Eduardo fingiendo una sereni-

dad y dureza que tal vez no sentia, mandó que los decapitasen. Sir Gualtero de Mauny invocó la clemencia del rey; mas este gritó con voz ronca: *¡Venga el Corta-cabezas!* Por último intervino la reina, á cuyos ruegos Eduardo no supo negarse, y los seis burgeses volvieron á Calais con alegría de sus conciudadanos que ya les creian muertos ó encarcelados. Cumple añadir que Eduardo tuvo preso á Juan de Vienne y demás caballeros que tomaron parte en la defensa de la plaza y que dió á los habitantes orden de evacuarla para que la repoblasen los ingleses.

Los dos monarcas se hallaban cansados de la guerra, cuando el papa Clemente IV ofreció su mediacion, la cual fué aceptada por ámbos. El dia 28 de setiembre de 1347 Eduardo y Felipe firmaron para sí y sus aliados una tregua que habia de durar diez meses, y que dejaba á cada uno en posesion de las plazas y territorios que ocupaba.

9.—El año siguiente fué la Francia víctima de un azote mas terrible que el de la guerra que acababa de sufrir. La peste negra que devastara la mayor parte de Europa, penetró en la nacion vecina haciendo estragos que apenas pueden concebirse. Bastará citar algunos detalles para formarse cargo de lo que fué aquella calamidad al decir de todos los escritores de la época. En el hospital ú Hotel-Dieu de París fué tan grande la mortandad que por espacio de mucho tiempo se sacaban diariamente de él quinientos cadáveres para llevarlos al cementerio de los Inocentes. En la capital de Francia murieron de aquella peste unas ochenta mil personas. Dícese que Europa perdió á causa de tan espantoso azote la tercera parte de sus habitantes.

Acusóse como era de suponer á los pobres judíos diciéndose que habian envenenado las fuentes y pozos en venganza de los ultrajes y atropellos que se les hacian sufrir, y el pueblo supersticioso de aquella época levantó en varios puntos hogueras en las que fueron abrasados cuantos hijos de Abraham pudieron

(3) Froissard. lib. I cap. 143.

ser habidos. Mas no hemos de culpar al pueblo únicamente, sino también á los señores y gobernantes que permitieron y aun en algunos puntos mandaron ejecutar tan injustas muertes. Felipe de Valois, como por medida sanitaria, espidió una orden contra los blasfemos mandando que á la primera vez se cortase un lábio del blasfemo, si reincidía el otro y en caso de nueva reincidencia la lengua. Creíase que las blasfemias habian atraído aquel castigo del cielo, y los señores se creyeron con derecho á ser los intérpretes y ministros ejecutores de un Dios vengativo. ¡Cuántas supersticiones se fomentan y desarrollan al calor de la ignorancia!

10.—Al reinado de Felipe IV se remonta en Francia el origen de un impuesto que fué odioso mientras subsistió: nos referimos á la gabela. Una ordenanza de 1343 prescribía que nadie pudiera en Francia vender sal sino la hubiese comprado en las salinas del rey. Estableciéronse en varios lugares depósitos de sal ó *gabelas* (1) á donde se llevaba toda la sal para salir al precio que el rey quisiera.

Por otra parte Felipe VI aumentó los derechos de exportacion, y se impuso otra contribucion ruinosa para el comercio, la cual consistia en hacer pagar un interés á cada uno de los diversos géneros que se vendiesen en el interior y á todas las bebidas, licores ó vinos que se vendiesen en las villas, ciudades, etc. Verdad es que ese sistema de contribuciones tenia la autoridad de haber imperado en Roma; pero no lo es menos que en los tiempos en que se restablecieron en Francia, el pueblo ignorante no podia aceptarlos sin disgusto, cuando la miseria y carestía se hacia sentir de una manera que hoy nos es imposible comprender fácilmente.

En tiempo de Felipe de Valois, á consecuencia del debate solemne de 1329, sobre los límites de las dos jurisdicciones eclesiástica y civil, y en el que se distinguió mucho el abogado del rey, Pedro de Cugnieres, se ins-

tituyó la *apelacion de abuso*, que permitia elevar al rey las sentencias episcopales y recurrir al mismo para hacerse administrar justicia contra los abusos cometidos por los clérigos, recordándose á estos que antes que sacerdotes eran ciudadanos y súbditos del monarca francés. De suerte que esa orden venia en parte á neutralizar los efectos de los privilegios que disfrutaban los eclesiásticos.

Apesar de que la asamblea de los Estados generales de 1338 decretó que «Los reyes no podrán hacer ningun impuesto extraordinario sobre el pueblo sin la otorgacion de los tres Estados, de lo cual prestarán juramento en el acto de su consagracion,» á pesar, decimos, de ese decreto que proclamaba el principio de que el pueblo no habia de pagar las contribuciones sin el consentimiento de sus representantes, Felipe de Valois siguió falseando todos los ramos de la administracion, amen de hacer con frecuencia moneda falsa que le permitia usurpar impunemente las riquezas que se le antojaba reunir. Pero llegó á tal punto el demérito de la moneda, que en 1342 cambió de valor casi cada semana, lo cual hacia que el comercio y la industria se paralizasen por temor de sufrir quebrantos insoportables. De ahí que nadie desease adquirir lo que no tenia un tipo fijo y constante. Además se atribuyó el monarca francés con el nombre de *regalías* los derechos de percibir las rentas de los beneficios vacantes.

11.—Uno de los últimos actos de Felipe VI fué la adquisicion de la provincia que mas adelante llevó el nombre de Delfinado. Humberto II, conde de Vienne, llamado delfin del Vienés porque en el blason de su familia se ostentaba un delfin, vendió sus Estados á Felipe por 120,000 florines (1349); y desde entonces el hijo mayor de los reyes de Francia llevó el título de Delfin. Esa adquisicion era importante porque hacia tocar los dominios de la corona hasta los Alpes, y la anexion de la Provenza no podia ser ya mas que una cuestion de tiempo.

(1) Los alfolíes ó salines reales se llamaron en la Edad Media *Gabelles* en Francia y *Gabelas* en España.

Igualmente adquirió Felipe la ciudad de Montpellier que hasta entonces poseyera el rey de Mallorca.

12.—El lector tendrá presente que Roger Bacon habia revelado cuando no inventado la composicion de la pólvora que desde mucho tiempo conocian los árabes, y que aun en época anterior habian utilizado los orientales. Ahora bien, la primera mencion que se

zar gran perfeccion las armas de fuego; de suerte que un siglo mas tarde no habria ciudad, castillo, ni fortaleza que resistiese á los cañones del rey, ni caballero que pudiese competir con un arcabucero, que haria inútiles todas las corazas y armaduras de Milan consideradas hasta entonces como defensas impenetrables. Mas dejemos esas consideraciones que el lector podrá hacerse perfectamente



TORRE DE NESLE.

encuentra en Francia de haberse empleado la pólvora consta en una lista del Tribunal de Cuentas de Paris del año 1338, en la cual se habla de una suma pagada «*para pólvora* y otras cosas necesarias para los cañones que hay delante de las plazas de Puy Guhem en Agenois.» Tales cañones compuestos de bandas de hierro reforzadas con aros del mismo metal hacian mas ruido que daño. Pero no habian de tardar mucho en alcan-

y prosigamos nuestra narracion, diciendo que Felipe de Valois murió el día 12 de agosto de 1350 dejando por heredero á su hijo Juan, apellidado el *Bueno*, no obstante los actos de maldad que como se tendrá presente habia cometido, especialmente en el asesinato de los treinta caballeros que prendieron él y Carlos de Blois, para decapitarlos junto á los muros de Nantes y arrojar sus cabezas dentro de esta.



CAPÍTULO II.

1. Juan el *Bueno*.—2. Estados generales de 1351: Carlos el *Malo*.—3. Otra expedición de Eduardo III en Francia.—4. Estados generales de 1355.—5. Suplicio del conde de Harcourt.—6. Batalla de Poitiers y cautividad del Rey de Francia.—7. Estados generales de 1356 y 1357: Estéban Marcel y el delfin Carlos.—8. Gran ordenanza de 1357.—9. Muerte de los ministros del delfin.—10. Los nobles se arman para ir contra Paris.—11. El Jacobinismo.—12. Marcel se alia con Carlos el *Malo*.—13. Traición de este.—14. Desastres de los parisienses.—15. Muerte de Marcel.—16. El delfin vuelve á Paris.—17. Triste situación del reino.—18. Negociaciones.—19. Otra expedición de Eduardo III en Francia: nuevo sistema de guerra.—20. Resistencia popular.—21. Tratado de Breigny.—22. Últimos años de Juan: segunda casa de Borgoña.

1.—Treinta años contaba Juan apellidado el *Bueno* cuando subió al trono de Francia por muerte de su padre Felipe de Valois. Mas no obstante el suceso la situación de Francia siguió siendo la misma que en el anterior reinado, con la particularidad de que el nuevo monarca tenía los mismos de-

las deudas que con otros hubiesen contraído. Eso era un robo que se hacía á los burgueses, quienes solían prestar dinero á los ociosos cortesanos; mas como era de suponer tan arbitrarias medidas no atrajeron á Juan la menor ventaja. Antes al contrario al poco tiempo se encontró sin recursos de ningun



DUELO ENTRE DUGUESCLIN Y TOMÁS DE CANTORBERY.

fectos y cualidades que Felipe, de modo que como este fué uno de los reyes peores que tuvo Francia.

No transcurrieron muchos meses sin que Juan distribuyese entre sus cortesanos todo el oro del fisco, y que les concediese al faltarle dinero, la prerrogativa de no satisfacer

género que bastasen á satisfacer sus necesidades.

A fin de proveerse de dinero Juan recurrió á varios medios á cual mas torpes y entre ellos al de formular infinitas y necias prescripciones para todo el reino al efecto de recaudar las numerosas multas que forzosa-

mente habia de haber por razon de las infracciones, y además alteró sucesivamente el valor de la moneda hasta el punto de que en el espacio de pocos meses el marco de plata varió desde 5 libras y 5 sueldos á 11 libras ó sea á mas del ciento por ciento.

3.—Esos medios no fueron, empero, bastante para proporcionar el dinero que necesitaba á un príncipe que de una sola vez dió cincuenta mil escudos á un cortesano; y por lo tanto Juan creyó conveniente pedir á la nacion, esquilhada, el dinero que le hacia falta para derrocharlo entre sus aduladores. Convocó los estados generales en Paris el año 1351, en los que apenas pudo saberse lo que el rey queria, ni menos llegaron á entenderse; puesto que por una parte hubo muchas quejas, y por otra alguna promesa y ninguna seguridad.

Entre tanto la guerra entre los partidarios de Montfort y Carlos de Blois continuaba con la misma intransigencia á pesar de no tomar en ella parte el monarca de Inglaterra ni el de Francia, por haber firmado una tregua. Y además de los dos soberanos que se disputaban la corona de Francia, concurría un tercero que pretendía tener mas derecho que ninguno de los otros: ese era Carlos, rey de Navarra, cuyo carácter turbulento y espíritu de intriga hicieron apellidar el *Malo*. A no promulgarse la mal definida ley sálica, habria debido ser el rey de Francia por haber nacido de una hija de Luis X. En el interin que aguardaba propicia coyuntura para hacer valer sus derechos á la corona de Francia reclamaba la Champaña y el Angoumois; pero habiendo sido este dado á un amigo particular del rey, el condestable de Lacerda, Carlos le hizo matar y se apoderó del Angoumois, en tanto que Juan se apoderaba de sus feudos de Normandía. Carlos pasó á Inglaterra esperando sin duda un auxiliar poderoso.

3.—Tan grande habia sido la gloria que los ingleses habían adquirido en Francia y tan cuantioso el botin, que no se hicieron de rogar mucho para volver otra vez á di-

cho país. En 1355, pues, Eduardo atravesó el mar de Calais y penetró en Francia devastando el Artois, al mismo tiempo que su hijo el príncipe *Negro*, penetraba por Burdeos y recogía en el Languedoc unos mil carros de botin. Entre tanto Juan el *Bueno* dejaba que hicieran sin que les presentase una oposicion formal no obstante haberse arruinado con las levadas de soldados que habia hecho para ir contra el enemigo: se encontraba otra vez sin dinero, y por lo tanto no podia emprender nada que tuviera carácter formal.

4.—Juan quiso congregaar los estados generales para allegar recursos, porque á la sazón se reunía este cuerpo mas para ese asunto que por cualesquiera otras cuestiones políticas ó administrativas; mas esa vez (1355) los diputados tuvieron ánimo para censurar los gastos reprobables de la corte; acostumbrados los burgueses al orden y economía en la administracion pública no podian menos de indignarse ante la concusion de los encargados de administrar la hacienda y pidieron sin ambages reformas indispensables: entre otras pidióse el establecimiento de una moneda invariable y la supresion del derecho de toma que practicaban los agentes del rey so pretexto del servicio de la casa real y validos del cual devastaban las casas de campo en los viajes de la corte y en las cercanías de la residencia del rey y sus cortesanos.

Los estados generales se comprometieron ó procurar en seguida al rey 30,000 hombres armados y 5.000,000 de libras ó francos para pagarlos por espacio de un año; mas comprendiendo que el dinero que entraba en las arcas pronto salia para los despilfarros de la corte, exigieron que la suma permaneciera en poder de unos comisionados elegidos de entre los diputados, los cuales habrian de responder ante la nacion de haberse empleado todo aquel dinero en los gastos de la guerra. Los cinco millones se habian de reunir imponiendo una gabela sobre la sal y ocho dineros por libra (1) de todo

(1) La libra equivalia á un franco de hoy y estaba dividida en 20 sueldos y el sueldo en 12 dineros.

lo que se vendiese, siendo este impuesto obligatorio para todas las clases del Estado, de manera que hasta el rey, la reina y los príncipes de sangre real hubieron de prometer que satisfarian el pago que les correspondiese.

5.—Los diputados habian conseguido con tales medidas realizar una revolucion muy importante; puesto que los estados generales ó sea la representacion mas ó menos genuina de la nacion, cuidaria de fijar los impuestos y administrarlos, lo cual aun en nuestros dias no existe en muchos países constitucionales. Pero los nobles no podian avenirse á la idea de haber de pagar un impuesto como si fuesen plebeyos ó gentes sujetas á los deberes humillantes de los siervos. Entre los mas acérrimos contrarios de aquel impuesto se encontraban Carlos rey de Navarra que habia regresado á Francia en virtud de un tratado con Juan, y el conde de Harcourt, amigo de Carlos. Mas el rey sorprendió á los dos gefes principales del descontento; encerró en una cárcel al rey de Navarra y mandó cortar la cabeza al conde de Harcourt en un campo llamado el *Campo del Perdon*. Parece que á Juan le gustaban esas ejecuciones sumarias, puesto que al principio de su reinado habia hecho decapitar en el patio de su palacio mismo al condestable Raoul de Nesle so pretexto de estar en inteligencia con los ingleses.

6.—Juan quiso aprovechar la prision de Carlos de Navarra para apoderarse de las posesiones de este, y se encontraba en el sitio de la villa de Breteuil, cuando recibió aviso de que el príncipe de Gales al frente de dos mil caballos y seis mil arqueros, habia pasado el Garona y el Dordoña, habiendo saqueado Rouerga, Auvernia, el Lemosin y el Berry. Pero el príncipe de Gales, que á su paso no encontraba obstáculo serio, se halló delante de la pequeña plaza de Romorantin, la cual si bien le abrió las puertas á la primera intimacion, tres valerosos caballeros franceses se encerraron en el castillo demostrando no querer rendirse por mas que

el fuerte no fuese bastante á sostenerles por mucho tiempo. Indignado el príncipe de Gales de la resistencia inesperada de los tres caballeros y mucho mas aun de que le hubiesen muerto á uno de los suyos que tenia en gran estima, juró imprudente no alejarse sin haberse apoderado del castillo; y esa demora comprometió mucho las armas inglesas, puesto que se habian internado en el corazon de Francia en muy corto número y el rey Juan el Bueno habia tenido tiempo de impedirles la retirada.

«Pero la prudencia y valor posibles, dice el mencionado historiador Hume, no hubieran bastado á salvar á Eduardo del extremo peligroso en que se hallaba, si el rey de Francia hubiese sabido conocer y aprovechar sus ventajas. El número muy superior de sus fuerzas le ponía en estado de rodear á su enemigo é interceptándole todos los convoyes cuando las divisiones andaban ya muy escasas en el campo inglés, podia sin sacar la espada reducir aquel pequeño ejército á rendirse á discrecion; pero era tan impaciente el ardor de la nobleza francesa y tan obcecada en su primer proyecto de sorprender á los ingleses, que no les ocurrió ninguna otra idea, y los generales se prepararon inmediatamente al combate cual si fuesen á una victoria segura. Mientras que los franceses estaban formados en batalla, prontos á trabar la lid, se presentó el cardenal de Perigord, que con noticia de la intermediacion de los dos ejércitos se habia dado prisa á interponer su mediacion entre ellos para impedir la efusion de sangre cristiana. Fué con beneplácito de Juan á llevar proposiciones al príncipe de Gales, á quien encontró tan penetrado de la mala situacion de sus negocios, que parecia muy probable un acomodamiento. Díjole Eduardo que aceptaria con gusto cualesquiera condiciones, con tal que no comprometiese su honor y el de Inglaterra, ofreciendo vender su retirada por la restitution de todas sus conquistas durante aquella y la anterior campaña, comprometiéndose además á no servir contra la

Francia durante siete años: pero como Juan estaba persuadido de que en aquellas circunstancias podría adquirir una prenda de la restitucion de Calais, exigió que Eduardo se rindiese prisionero con cien personas de su séquito y á este precio consentia dejar la retirada libre al ejército inglés. Desechó el príncipe con enfado semejantes condiciones, declaró que cualquiera que fuese el éxito de la batalla, nunca la Inglaterra quedaria obligada á pagar su rescate. Esta orgullosa respuesta cortó toda esperanza de acomodamiento, pero como ya se habia pasado el dia en negociaciones, se difirió el combate hasta la mañana siguiente (1).

»Tanto el cardenal Perigord como los demás prelados de la corte de Roma estaban muy decididos por la Francia, pero aun cuando hubiesen sido encarnizados enemigos de Juan, no hubieran podido ocasionarle mayor perjuicio que el que le hicieron con aquella dilacion. Tuvo el príncipe de Gales todo el tiempo necesario para fortificar durante la noche (19 de setiembre), la posicion que habia escogido antes, y preparó una emboscada de 300 caballos y otros tantos flecheros, cuyo mando confió al *Capitán* de Buch, con orden de que diese un rodeo y cayese sobre el flanco de la retaguardia del ejército francés luego que estuviese trabada la pelea. Mandaban la vanguardia del suyo el conde de Warwick, la retaguardia, los de Salisbury y Suffolk, y el cuerpo principal

de batalla, el príncipe en persona. Otros varios cuerpos de tropas estaban al mando de los lores Chandos, Audeley y otros muchos capitanes valientes y experimentados.

»Al mismo tiempo Juan dividia las suyas en tres cuerpos casi iguales, mandando el primero el duque de Orleans, hermano del rey; el segundo, el delfin y sus dos hermanos menores, y el tercero el mismo rey, llevando á su lado el menor y mas querido de sus hijos. Era indispensable atravesar un desfiladero bastante estrecho y cubierto de

empalizadas por derecha é izquierda antes de llegar al ejército inglés, y así recibieron orden los mariscales de Andrehen y de Clermont para adelantarse con un destacamento de caballería y forzar el paso; pero desde que empezaron á marchar por él se vieron acibillados de flechas que les disparaba un cuerpo de ingleses apostados muy cerca y á cubierto de todo peligro, de modo que podian elegir el blanco de sus tiros y hacer al enemigo una



CÁRLOS V Y DUGUESCLIN.

carnicería espantosa. A pesar de la enorme desventaja de ser visto por el enemigo y no poder divisarle, penetró el destacamento francés ya muy disminuido al fin del desfiladero, donde se encontró en la llanura con el príncipe de Gales en persona dispuesto á recibirle al frente de una tropa escogida. Los franceses fueron arrollados y rotos enteramente, muerto uno de los mariscales y prisionero el otro, y lo restante del destacamento que aun estaba en el desfiladero, expuesto á los tiros del enemigo sin

(1) Froissard, lib. 1. cap. 461.

poder defenderse tuvo que retroceder sobre el ejército francés y le puso en desorden (1).

»En aquel crítico momento apareció el *Capital* de Buch inopinadamente y atacando de flanco la division del delfin introdujo bastante confusion en ella, de modo que Landas, Bodenai, y Saint-Venant, á quienes estaba encargada la custodia del jóven príncipe y de sus hermanos, ocupándose demasiado en las funciones de este encargo, ó en su propia seguridad, los sacaron de la pelea

aunque fuese ella sola mas numerosa que todo el ejército inglés, estaba consternada con la huida de los otros dos cuerpos: pero, sin embargo, hizo el rey los mayores esfuerzos para reparar á fuerza de valor las faltas de su imprudencia, y esta fué la única resistencia que se hizo en aquella jórjada. Atacó el príncipe de Gales con mucho ímpetu á la caballería alemana que estaba situada en el frente de batalla, bajo las órdenes de los condes de Sallebruche, Nydo y Nesto, lle-



IGLESIA DE SAINT-OUEN EN RUAN.

y los llevaron precipitadamente á Chauvigni, dando el mal ejemplo de la fuga, que no tardó en ser imitado por todo el cuerpo del ejército. El duque de Orleans, poseido tambien del mismo terror pánico, creyó que todo estaba perdido, y sin pensar en combatir, dió la órden de retirada convirtiéndola en derrota. Entonces gritó el lord Chandos al príncipe de Gales que estaba ganada la batalla y le animó á que se cayese de golpe sobre la division que mandaba el rey; pues

gando el combate á hacerse muy sangriento, como que por un lado se aguardaba una victoria tan próxima como gloriosa, y por el otro la vergüenza de abandonar el campo de batalla á un enemigo tan inferior; pero habiendo sido muertos los tres generales alemanes y Gautier de Brienne, duque de Atenas y condestable de Francia, abandonó el campo aquel cuerpo de caballería y dejó al mismo rey expuesto á toda la furia de los ingleses. A cada momento se iban aclarando las filas á su alrededor, y cuantos grandes le rodeaban iban cayendo á su lado, uno

(1) Froissard, lib. 1. cap. 162.

después de otro. Su hijo mismo, apenas de edad de catorce años, acababa de ser herido peleando con valor en defensa de su padre, que no hubiera podido menos de perecer agobiado por el cansancio y por el número, á no ser por el empeño que tomaron los oficiales ingleses de cogerle vivo, evitando los golpes y pidiéndole que se rindiese, respondiendo de su vida. Intentaron algunos poner mano en su persona y sufrieron la pena de su temeridad, gritando él sin cesar «¿Donde está mi primo el príncipe de Gales?»: como dando á entender que no quería rendirse á ningun otro: mas cuando se le dijo que el príncipe se hallaba muy distante del campo de batalla, arrojó su guante y se rindió á Dionisio de Morbec, caballero de Arres, que se habia visto precisado á emigrar por causa de una muerte. También fué hecho prisionero el hijo de Juan (1).

El príncipe de Gales que se habia dejado llevar en su ímpetu en la persecucion del enemigo, se encontró á su vuelta dueño del campo de batalla, dió orden para levantar una tienda en que descansar de las fatigas de la jornada y se informó con la mayor inquietud de la suerte del rey de Francia. Despachó al conde de Warwick para que le trajese noticias suyas, y este señor llegó afortunadamente á tiempo de salvarle la vida, mucho mas expuesta entonces que en medio del combate. Los ingleses se le habian quitado por fuerza á Morbec, mientras que algunos gascones reclamaban el honor de tenerle prisionero y algunos soldados feroces amenazaban sacrificarle antes que soltar la presa á sus competidores (2). Warwick impuso respeto á los dos partidos, se acercó á Juan con reverencia y le ofreció conducirle á la tienda del príncipe.

Aquí es donde principia el verdadero heroísmo del jóven Eduardo, porque las victorias son cosa muy vulgar comparadas con la moderacion y la humanidad de que dió pruebas aquel príncipe á la edad de 27 años, ha-

llándose todavía agitado con el calor de la accion y en medio de la primera embriaguez que debia producirle un suceso tan inesperado y el mas extraordinario acaso que en ningun tiempo coronó las operaciones de un general. Salió de su tienda para recibir al agosto prisionero y le trató con todas las consideraciones y señales de una profunda sensibilidad; procuró consolarle en su desgracia haciendo justos elogios de su valor, no atribuyendo su victoria mas que al acaso ciego de la guerra y á los decretos de la Providencia, siempre superiores á todos los esfuerzos del valor y la prudencia humana (3). Juan se mostró digno de aquel trato tan cortés, sin que aquel gran desastre le hiciese olvidarse un momento de que era rey, en términos que conmovido mas de la generosidad de Eduardo que de sus graves pesares, le respondió que á pesar de su derrota y cautiverio creia que su honor no habia padecido ninguna injuria, pues aunque hubiese tenido que ceder á la victoria, encontraba cierto consuelo en considerar que á lo menos la cedia al príncipe mas valiente y magnánimo del siglo.

»Mandó Eduardo preparar una magnífica comida para los prisioneros y él mismo sirvió al rey, como si fuese uno de sus cortesanos, permaneciendo detrás de su silla sin querer jamás tomar asiento en la mesa, diciendo que pues todavía era un mero vasallo, conocia demasiado la inmensa distancia que hay desde la magestad real hasta otro cualquiera clase para tomar semejante licencia. Parecia haber olvidado en aquel momento las pretensiones de su padre á la corona de Francia, para rendir á Juan todos los honores debidos á la majestad que se le disputaba estando en el trono, de modo que no tanto se respetaba el carácter sagrado de la soberana potestad como las desgracias personales del monarca. No pudieron reprimir sus lágrimas los prisioneros franceses al ver tales pruebas de la grandeza de alma de Eduardo,

(1) Rymer, tomo VI, pág. 72 y 154. Froissard, lib. I. cap. 164.

(2) Froissard, Id. Id.

(3) Paul. Æmil, pág. 197.

recelando y con razon que un heroismo tan puro y al parecer tan sincero en un enemigo no podia menos de aventurar algun dia la libertad de su patria (1).

»Todos los caballeros ingleses y gascones imitaron el ejemplo de virtud que les daba el príncipe, y así trataron á sus prisioneros con mucha urbanidad, y los dejaron volver á su casa mediante un rescate moderado en proporcion de su caudal, de modo que no les imposibilitase su pago de volver á servir decentemente conforme á su grado y gerarquía. Sin embargo, era tan considerable el número de los prisioneros, que unido el rescate con el botin cogido en el campo de batalla, se enriqueció el ejército del príncipe de Gales, y como por otra parte habian sufrido poquísimas tropas durante la accion, fueron completas la satisfaccion y la alegría.

1357.—El príncipe de Gales condujo el Rey á Burdeos, y no considerándose con fuerzas suficientes para proseguir sus triunfos, estipuló con Francia una tregua de dos años (2), que necesitaba tambien para llevar sin obstáculo su prisionero á Inglaterra. Desembarcó en Southwark (24 de mayo), en presencia de un concurso numeroso de toda clase de gentes, yendo Juan magníficamente vestido y montado en un soberbio caballo blanco enjaezado con extremado lujo. A su lado iba el vencedor con un aparato mucho menos suntuoso y montado en un caballo negro, siendo para él mucho mas gloriosa esta entrada sencilla que la insolente pompa triunfal de los romanos. Así atravesó el príncipe de Gales las calles de Lóndres y presentó el rey de Francia á su padre que habia salido á recibir al monarca y le hizo las mismas atenciones que si fuese algun príncipe vecino suyo que llegara á hacerle una visita de amistad (3). Cuando se reflexiona en tan noble conducta no puede uno menos de acordarse con pesadumbre de que hayan desaparecido aquellos antiguos y novelescos

principios de la caballería, ya que aun en tiempos de tanta ignorancia y barbarie eran capaces de elevar los ánimos á tal grado de grandeza desconocida en otros siglos y en otros pueblos mas civilizados.

»Además del trato generoso que recibió el rey de Francia en Inglaterra, tuvo tambien el triste consuelo de que disfrutaban los desgraciados y es el de encontrarse con otros semejantes á ellos, porque allí estuvo tambien cautivo del mismo Eduardo el rey de Escocia durante once años, gozando aquel la satisfaccion de haber tenido prisioneros en su capital los dos potentados vecinos suyos contra quienes habia estado en guerra; pero viendo que la prision del rey de Escocia no adelantaba nada la conquista de aquel reino, y que habiéndose puesto al frente del gobierno Roberto Stuardo, heredero y sobrino del rey, se hallaba todavía en estado de resistirle, hubo de consentir en la libertad de Roberto Bruce mediante un rescate de cien mil marcos esterlinos y con la condicion de que los hijos de los principales señores de la corte se entregarían en rehenes para la seguridad del pago de aquella suma (1).»

7.—La nueva de aquel desastre con el que Francia habia perdido uno de los mas brillantes ejércitos que se reunieran para sacudir el yugo extranjero, corrió por todo el país llenando los pechos de consternacion y despecho, de desesperacion y odio. Pero la derrota traía en pos de sí deplorables consecuencias y estas colmaron la medida de la indignacion del pueblo francés. Los señores que habian logrado su libertad bajo palabra de honor, regresaban á sus tierras y exigian de sus vasallos que reuniesen cuanto antes el precio de su rescate. El pueblo se hallaba pues dominado por una agitacion inusitada cuando el delfin entró en Paris diez dias despues de la derrota de Poitiers. Sin duda hubiera estallado una fuerte rebelion, si no se hubiese considerado que la desgracia tocaba al rey mismo.

(1) Froissard, lib. 1. cap. 168.

(2) Rymer, tomo IV. pág. 3.

(3) Froissard, lib. 1. cap. 173.

(1) Rymer, tomo VI, pág. 45, 46, 52 y 56. Froissard, lib. 1. cap. 174. Walsing. pág. 175.

El delfin tomó el título de teniente del rey de Francia y congregó los Estados generales que celebraron la segunda sesión el día 17 de octubre de 1356, componiendo un número de 800 personas, de las cuales pertenecian mas de 400 al tercer estado acaudillado por el preboste de mercaderes de Paris Esteban Marcel, hombre de actividad y firmeza considerables. Los burgueses consiguieron fácilmente ponerse al frente del gobierno de la nacion en menoscabo de la autoridad real que corrió riesgo de ser anulada y pidieron la libertad del rey de Navarra, hecho prisionero en una asechanza, como tambien la institucion de un consejo compuesto de cuatro prelados, doce caballeros y doce burgueses, elegidos del cuerpo de los Estados generales, el cual tendria á su cargo la administracion del reino viniendo á formar como el consejo supremo del príncipe reinante.

Aterrado el delfin ante una peticion que de tal manera menoscababa su autoridad, pretendió retardar la sesión de los Estados generales en que se habia de tomar en cuenta tal peticion; pero las necesidades del tesoro le impulsaron á reunirlos antes del tiempo que hubiera querido, y el día 5 de febrero de 1357, se celebró otra sesión en la cual Esteban Marcel y el obispo de Laon, Roberto le Coq, presentaron el acta de quejas y demandas formuladas en la sesión anterior, reclamando que sin demora se presentasen á los Estados de cada provincia. Esa comunicacion se efectuó con extraordinaria rapidez, de manera que al cabo de un mes podia decirse que aquella acta tenia el asentimiento de toda la nacion ó cuando menos de todos sus representantes. El día 3 de marzo convocó el delfin una asamblea de los Estados en su propio palacio, y el obispo de Laon tomó la palabra para formular las reclamaciones que estaban en el ánimo de todos los diputados.

Roberto le Coq pidió al príncipe que alejase de la corte á 22 consejeros ó servidores á quienes se acusaba de malversar los fondos públicos, y que prestase firmes garantías contra la repetición de semejantes abusos.

La garantía mas importante que exigia el prelado consistia en que se diese á los Estados generales la facultad de congregarse sin necesidad de convocacion dos veces al año para cerciorarse desi se observaban las leyes, y que se les permitiese nombrar una comision de 36 diputados elegidos en partes iguales de los tres Estados para que en ausencia de estos pudiese asistir al príncipe en la defensa y administracion del reino. Además se habia de elegir á otros diputados que con poderes casi ilimitados irian á las provincias con facultad de percibir las contribuciones, asalariar los empleados reales, congregar los Estados provinciales, etc.

Con tales condiciones los Estados generales se comprometian á proporcionar un subsidio necesario para el sosten de un ejército de 30,000 hombres, si bien reservando á sus comisionados la distribucion y custodia del dinero. Una vez el prelado Roberto hubo expuesto las reclamaciones de los Estados generales, Juan de Picquigny en nombre de los nobles, un abogado de Abbeville en nombre de los municipios y Esteban Marcel en el de los burgueses de Paris, declararon que tomaban como suyas todas y cada una de las palabras que habia pronunciado en demanda de justicia y buen gobierno. En vista de esa uniformidad no tenia el delfin medio alguno de resistir, y de consiguiente se espidió la gran ordenanza de marzo de 1357 que en resumen disponia lo siguiente:

8.—Las asambleas de los Estados generales deben congregarse con toda regularidad dos veces al año en época fija, y en los intervalos de las sesiones un consejo de 36 miembros compuesto de los tres estados en número de 12 de cada uno, cuidará de la administracion del reino con la sancion real; y otros elegidos se enviarán á las provincias con poderes casi ilimitados con el fin principal de castigar á los empleados negligentes ó prevaricadores, congregar y consultar los Estados provinciales.

Todo eso en cuanto al gobierno. Respecto á la hacienda, los impuestos habian de ser

fijados y votados por los estados generales, que velarian el empleo del tesoro público, y las monedas habian de tener en adelante un valor fijo é invariable.

En cuanto al ejército, todo hombre habia de tomar las armas en defensa de la patria,

veinte años) y los enormes gastos que la administracion de justicia causaba, prescribia, decimos, que los jueces tuviesen cada dia audiencia en el parlamento desde el amanecer para despachar las causas atrasadas y con el menor gasto posible.



CABALLEROS CUBIERTOS CON LA ARMADURA.

prohibiéndose á todos los nobles hacerse la guerra unos á otros y salir del reino; y los soldados no habian de cobrar su sueldo mas que de los estados del reino.

Prescribia tambien aquella ordenanza con objeto de evitar la larga duracion de los procesos (pues los habia que duraban mas de

Quedó abolido en virtud de la misma los abusos que se cometian cuando el rey iba de viaje alegándose el derecho de tomar á otros las cosas necesarias á la casa real, ó sea el derecho de cometer impunemente toda clase de exacciones, dándose con tal abolicion el derecho á todo ciudadano de oponerse aun-

que fuese á la fuerza, á tales robos. Al mismo tiempo se prohibia con formalidad toda enagenacion de los dominios reales.

9.—Facilmente se comprenderá que tales reformas no podian ser la expresion legítima y espontánea de toda la nacion francesa: eran solamente producto de algunas inteligencias de primera línea que sobreponiéndose á muchos errores patrocinados por la gran mayoría de los hombres, pretendian curar los males de su patria con remedios heróicos atendida la época. La prueba de ello está en que cuando los parisienses tuvieron que levantarse para defender lo que habian conseguido hacer consignar en la gran ordenanza, ni un solo brazo de las provincias se alzó en favor suyo. Mas tal vez se ha de atribuir gran parte de esa indiferencia de las provincias al cansancio de guerra y desgracias que habian sufrido todas las comarcas de Francia.

Por otra parte, se ha de observar que la monarquía que desde medio siglo habia alcanzado el poder absoluto, no cederia facilmente á la borrasca sin antes poner en práctica todos los medios de conjurarla. De consiguiente el Delfin, aconsejado de su padre, prohibió (6 de abril de 1357) á todos los vasallos del reino pagar el subsidio decretado un mes antes por los estados; pero dos dias despues revocó esa orden. Sin embargo, poco tiempo transcurrió sin que declarase que en adelante queria gobernar él solo sin tener curadores de ningun género.

Finalmente el dia 22 de febrero de 1358, olvidando una de las promesas cuyo cumplimiento habria interesado muchísimo á los burgueses, espidió una orden alterando el valor de la moneda. Estalló al punto una sublevacion en París, dirigida por el preboste Esteban Marcel, quien al dia siguiente reunió en armas todos los gremios de la ciudad y con ellos se encaminó al palacio del Delfin, donde subió hasta encontrar á este en su cámara. Una vez en presencia de Carlos, le dijo que era de todo punto necesario ocuparse en la defensa de aquel reino que habia

de heredar, y proteger al pueblo abandonado á los robos y vejámenes de la soldadesca. Cambiáronse palabras que fueron agriándose hasta convertirse en recriminaciones por una y otra parte hasta que Marcel dijo: «Señor, no os espanteis por lo que veais;» y volviéndose á algunos de los que le habian acompañado, añadió: «Ea, haced al punto lo que os ha sido mandado al venir aquí:» Y se arrojaron aquellos hombres sobre los mariscales de Champaña y Normandia, que eran los dos consejeros mas influyentes del Delfin, y los mataron tan cerca de este, que sus vestidos quedaron salpicados de sangre.

10.—Aterrado Carlos suplicó á Marcel que le perdonase la vida; mas el preboste le tranquilizó asegurándole que nada tenia que temer. Sin embargo, le puso en la cabeza su caperuza mitad azul mitad roja (los colores de París), y tomó, sin que pueda adivinarse el motivo, la del Delfin, llevándola puesta todo aquel dia. Mas aquella revolucion, si tal nombre merece, en que solamente habia tomado parte la burguesía, fué mirada con malos ojos por el clero y la nobleza, muchos de cuyos miembros se habian separado ya de la asamblea de los tres estados por comprender que en el fondo no eran mas que una representacion de las ciudades sometidas al ascendiente de la diputacion y municipalidad de París.

De ahí que á la muerte de los dos mariscales, la nobleza no tuviese reparo en manifestar su indignacion contra los burgueses que todo querian arreglarlo en el Estado y cuyas manos plebeyas habian osado derramar sangre ilustre. La nobleza, pues, se ofreció á Carlos para vengar aquellas dos muertes y este aceptó, con lo cual declaraba la guerra al tercer estado; y efectivamente la guerra civil con inauditos horrores no tardó en presentarse en la nacion vecina. El ejército de Carlos se componia de 7,000 lanzas que los nobles pusieron á las órdenes suyas y de varios caballeros que pretendian tomar por su propia mano venganza del atentado cometido por los burgueses. Esas tropas vivie-

ron á discrecion sobre el país y ocupando alternativamente á Meaux, Melun, Saint-Maur, y el puente de Charenton, deteniendo al mismo tiempo todos los barcos que llevaban provisiones ó mercancías á París por los rios el Sena superior y el Marne.

Marcel entre tanto se habia apoderado del castillo del Louvre, mandó reparar y completar el recinto de murallas, abrir un ancho foso, poner en todos los fuertes balistas y cañones y fijar en todas las calles cadenas que en caso necesario pudiesen ponerse tirantes y estorbar la caballería enemiga, y tomó á sueldo hombres mercenarios.

11.—Como si Francia en el siglo XIV hubiese debido apurar todos los males y miserias, como si no fueran bastante las invasiones extranjeras, la peste, el hambre, las guerras civiles y sus deplorables consecuencias, vino á complicarse la guerra entre nobles y burgueses con el jacobinismo que con tan negros colores nos han descrito los autores franceses. Nosotros procuraremos narrar con la imparcialidad que nos hemos propuesto, censurando á quienes lo merecieran ó aplaudiendo á los que se hubiesen hecho dignos de aplauso.

Pesaban sobre los aldeanos y habitantes todos de los campos los males y desastres que de mucho tiempo affigian á Francia. Las ciudades y los castillos no tenian nada que temer de los aventureros que pululaban por el reino y que si en la guerra eran temibles por sus robos y merodeos, en tiempo de paz lo eran doblemente porque no se dedicaban á otra cosa que á molestar á los campesinos y arrebatárles el fruto de sus sudores despues de hacerles sufrir todo linaje de tormentos y humillaciones. Además, cuando habian pasado los enemigos para proveerse de botin, entraban las tropas amigas que á su vez se entregaban al pillaje para vivir, y luego los señores se apoderaban de lo restante.

Los campesinos y aldeanos habian de trabajar en las fortificaciones de los castillos; habian de procurarles las provisiones; ha-

bian de allegar para el sueldo de los guerreros, de indemnizar al señor lo que habia perdido en la guerra, de satisfacer su rescate cuando cayera prisionero ó de ayudar á un pariente ó á un amigo de su señor, cuando tambien tenia que pagar rescate.

Los nobles se apoderaban de los muebles, de las cosechas, del rebaño, de los arreos, de todo en fin, y arruinaban á los franceses para enriquecer á los ingleses á quienes no habian sabido vencer á pesar de ser diez contra uno y en su propio territorio. Se les recomendaba la prudencia y los miramientos para con la última clase de la sociedad, y respondian con el tono mas sarcástico ó irónico de que eran capaces: «Jacobó Buenhombre (1) no suelta el dinero si no se le da una buena tanda de palos. Pero Jacobó Buenhombre pagará, porque se le dará la tanda;» ó se inventaban otras frases que serian jocosas si no se refirieran á una clase tan castigada por el solo crimen de producir en tanto que los demás destruian.

Habia á mas de todo esto capitanes de tropas que en tiempos de paz se convertian en capitanes de bandidos, que hacian la guerra por su propia cuenta con el solo fin de acumular riquezas á espensas del pueblo, y se hacian pagar enormes sumas por los burgueses y por los campesinos, por los conventos y por las iglesias. Mas quien sufría mayormente esos robos eran siempre los campesinos porque ellos habian de aprontar luego al abad ó al señor la suma que los *bandido-guerreros* habian exigido.

No ha de sorprendernos, pues, que al saber los aldeanos el alzamiento de los burgueses contra la nobleza, creyesen ellos propicia coyuntura para levantarse y vengar sus prolongados sufrimientos. Armáronse, reuniéronse al mando de los que consideraban mas entendidos, y se echaron sobre los castillos señoriales. Entonces, es verdad, tuvie-

(1) Jacques Bonhomme era la calificación ó mejor, personificación que los nobles habian adoptado para denominar á la clase mas desgraciada de la sociedad. De aquí provinieron las espresiones los *Jacques* se han levantado, los *Jacques* han hecho eso, y la de *Jacquerie*, (Jacobinismo.)

ron efecto horribles y repugnantes espectáculos que apenas si puede justificar en algo los prolongados martirios que habian tenido que sufrir los actores de ellos. Los aldeanos de Beauvais dieron la señal empezando una lucha sin piedad ni cuartel, sin respeto ni consideracion de ningun linaje; edad, sexo, condicion, todo era indiferente para aquellos hombres poseidos del vértigo de la venganza y mal aconsejados por la ignorancia ó la estupidez: por todas partes dejaban regueros

burguesía por sí sola no podia llevar á cima la revolucion que proyectaba, se puso de acuerdo con los *Jacques* (jacobinos) á los cuales envió dos compañías de milicia burguesa cuando se encaminaban á Meaux, donde se habian refugiado las familias de muchos nobles.

De tal suerte comenzó la union entre el bajo pueblo y la burguesía; pero desgraciadamente habia insondables abismos de sangre que no podian franquearse para llegar al



PUENTE DE SAINT BENEZET EN AVIGNON.

de sangre, ruinas y fuego, y sus prisioneros eran víctimas de los mayores tormentos y ultrajes sin respetarse su pudor ni la inocencia de sus mujeres. En Champaña y Picardía llegaron á reunirse en mas de cien mil, y no tenian otro proyecto que el de acabar con toda la nobleza.

Los nobles, aunque inferiores en número, y aterrados al principio por la sorpresa que les causó aquella revolucion, se reunieron, y merced á sus recursos y conocimientos pudieron sostener la guerra atroz, salvaje, que sin piedad ni cuartel se les habia declarado. Pero comprendiendo Marcel que la

término apetecido. Meaux, pues, tenia una fortaleza que resistió bravamente todos los ataques y dió tiempo á que los nobles acudiesen en son de guerra á batir á los sitiadores. El dia 9 de junio de 1358 los jacobinos fueron derrotados, y desde aquel punto, sin darles momento de reposo, fueron perseguidos, acosados, esterminados, ahorcados como si fueran viles alimañas que el hombre debiera aplastar al encontrarlas en su camino. En pocas semanas recibieron muerte desastrosa miles y miles de hombres del campo, tanto si habian tomado las armas como no, pues los nobles en su sed de venganza quisieron



